ARTÍCULO ESPECIAL

EL SUEÑO ETERNO DE GABRIEL

La tarde había transcurrido lluviosa y Gabriel apuró el paso para tomar el autobús que lo llevaría de vuelta a casa. El cielo estaba nublado, los últimos rayos de sol apenas dejaban ver los techos de las casas a lo largo del río y el alumbrado público parpadeante semejaba la luz de pequeñas velas buscándose paso en la penumbra.

Un mes atrás había concluido el servicio médico rural y ahora tenía que volver a la capital para postularse al residentado médico; sin embargo, secretamente guardaba el anhelo de trabajar algún día en su comunidad. La tierra de sus padres, sus amigos de escuela; el sitio que lo vio nacer.

Su madre lo recibió con el alborozo de siempre y le sirvió la sopa casera que tanto le gustaba. Luego se dispuso a repasar un libro que ofrecía preguntas y respuestas relacionadas al examen de residencia. Se sentía cansado y no supo en qué momento tuvo entre sus manos la novela *Pedro Páramo*. Quedó adormecido con el rumor lejano del río. Despertó sobresaltado frente a una brisa tibia. Era tal vez el sueño que varias veces se había repetido a lo largo de su vida, donde aparecía siendo niño, caminando a lo largo de un oscuro sendero. La puerta de su casa era inalcanzable, no tenía cuándo llegar. De pronto, lejos de llegar a destino, descubría que el camino terminaba en las orillas de una playa de olas mansas, apenas iluminada por el faro y las luces vagas de las pequeñas naves que reposaban ahí. Todo era paz y su miedo desaparecía. Entonces se sentaba sobre la arena y jugueteaba con ella entre sus manos. No recordaba más. Esta vez fue diferente. Ya no era un niño, tenía su edad actual. El camino era el mismo y la angustia de no llegar a casa también se repetía, pero cuando llegó al final se encontró más bien con una playa de olas crecidas y turbulentas. Caminaba de prisa por la orilla y no pudo evitar que una corriente le hiciera perder el equilibrio. Las aguas lo arrastraron mar adentro sin que nada pudiera hacer y sintió que un fluido salado ingresaba por su nariz y boca. La sensación de ahogo lo devolvió a la vida y despertó agitado, inhalando y exhalando profundas bocanadas, como tratando de convencerse de que aún podía respirar.

A su lado, Tarzán, un viejo perro que pronto cumpliría veinte años, dormía apacible al pie de su cama y eso lo tranquilizó. Volvió a dormirse y esta vez fue diferente. Caminaba sobre una pradera llena de flores amarillas y un riachuelo de aguas cristalinas lo separaba de su madre, quien lo llamaba desde la otra orilla.

Despertó con al ánimo cambiado. Mientras tomaba el desayuno revisó su celular pese a la débil señal de Internet que recibía. El grupo de WhatsApp de su promoción retransmitía el anuncio oficial de pandemia por covid-19 hecho el 11 de marzo por el mismo director general de la Organización Mundial de la Salud. En pocos días la infección había saltado de la China a otros países y el número de casos aumentaba día a día. El 6 de marzo se había anunciado el primer caso de covid-19 en el Perú y hasta el día 11, había solo 17 casos registrados. No le pareció un número alarmante, pero cuando revisó una página web que daba el informe estadístico a nivel mundial en tiempo real, vio que Italia tenía ya 12.400 casos, con más de 800 fallecidos; de manera que sólo era cuestión de tiempo. La infección había traspasado la frontera asiática y probablemente los casos se multiplicarían por todo el mundo. Se le ocurrió que a lo mejor se trataba de algo similar al SARS de 2002, pero la transmisión tan rápida que se veía en la China y en Italia le generó dudas. No comentó nada con sus padres ni hermanos para no asustarlos y decidió acompañar a su madre al mercado. El cielo estaba despejado y el valle recortaba la silueta típica y hermosa del mundo andino. Los siguientes días trascurrieron tranquilos. Ya tenía el pasaje comprado para regresar a Lima y el día domingo su madre preparó un delicioso almuerzo de despedida. Esa misma noche el presidente anunció la emergencia sanitaria en todo

el país y ordenó cuarentena obligatoria. Los aeropuertos fueron cerrados y quedaron suspendidos todos los viajes interprovinciales. Durante la cena explicó las cosas de la mejor forma posible, pero aún había muchas dudas, él tenía dudas. Ya no podría regresar a Lima. Llamó a la empresa de autobuses y nadie sabía nada. "Sólo guarde sus boletos. Nosotros le avisaremos", le dijeron. Los días siguientes vivía pendiente de las noticias televisivas y de los mensajes de las redes sociales. La información se fue volviendo caótica. Los chats de su grupo familiar y de sus compañeros de promoción desbordaron lo inimaginable. Todos eran expertos en una enfermedad que apenas tenía poco más de dos meses. ¿Quién podría hablar de experiencia, además de los médicos chinos y algunos italianos? Todos opinaban, pero nadie sabía nada. ¿El nuevo virus se originó de una mutación natural o fue el producto de un experimento de laboratorio? Los mensajes eran de lo más diversos: teoría de la conspiración, origen extraterrestre, bioterrorismo, castigo divino y un largo etcétera. No se conocía ninguna droga antiviral efectiva. Su abuela le comentó que con un jarabe de miel, limón y cebolla había curado las bronquitis de todos sus hijos y nietos. Algo parecido inundó la Internet. Gárgaras de agua caliente con sal, buches de agua con bicarbonato, vitamina C a discreción y ajo en todas las formulaciones posibles, sea para ingerirse entero o molido, y hasta por vaporizaciones. Una ministra chilena dijo que sólo bastaba mucho amor para vencer al virus. Gabriel revisó la estadística en línea en tiempo real y se percató de que en apenas una semana el número de casos en Italia se había triplicado y ya registraban más de dos mil muertos, y que algo similar venía ocurriendo en otros países europeos como España y Francia. La curva de nuevos casos y de muertes había iniciado una abrupta elevación. Gabriel encontró que el 14 de marzo había un número acumulado de 156.400 casos y 5840 muertes, pero para el 21 de marzo esas cifras casi se habían triplicado. El Perú no era la excepción; su número de casos empezaba a aumentar y el reporte del primer fallecimiento fue dado el 19 de marzo, con gran revuelo por todos los medios de información. "Bendito sea Dios", exclamó su madre y redobló sus sesiones de rosario en solitario porque la cuarentena le impedía asistir a las reuniones de su grupo parroquial. A fines de marzo el presidente anunció la continuación de la cuarentena y el toque de queda nocturno. Gabriel se sintió frustrado e inútil. No tenía ninguna fecha probable de regreso a Lima. Las universidades habían suspendido todas las actividades académicas y administrativas, y el transporte seguía interrumpido. Las malas noticias se sucedieron día tras día, todos los mensajes en su celular hablaban de lo mismo y cada vez era mayor la información científica que aparecía en la Internet. De pronto se sintió inmerso en un purgatorio del cual no tenía cuándo escapar. Un día esa monotonía llegó a su fin. Un caso sospechoso de covid-19 se había presentado en el centro de salud de su comunidad. Se trataba del padre de un guía de turismo que dos semanas atrás había tenido contacto con visitantes europeos. Gabriel se comunicó por celular con Andrés, médico del centro de salud y amigo de la familia. El paciente fue llevado con fiebre y dificultad para respirar. El aparato de rayos X estaba inoperativo y llevaba varios meses en espera de ser reparado. Decidieron evacuarlo al viejo hospital público que quedaba a una hora de camino. Una semana después nuevos casos sospechosos empezaron a llegar a diario. La mayoría volvía a su casa para cumplir aislamiento domiciliario, pero los considerados graves eran enviados al hospital público.

–¿Te animas a trabajar como voluntario? –Andrés se dirigió a Gabriel por el celular–. Necesitan una mano en el hospital. Cada vez llegan más casos y tienen poco personal.

Pese a los ruegos de su madre, Gabriel aceptó la oferta y se presentó en la primera hora de la mañana. La sala de espera estaba llena de pacientes. Varios tosían y no todos llevaban mascarilla. El director del hospital lo recibió feliz y le explicó algunas directivas de la forma de trabajo. Una enfermera le entregó una mascarilla, le indicó el consultorio que ocuparía y le recordó que siempre debería lavarse las manos o usar el dispensador de alcohol. Todo era viejo ahí. El laboratorio a duras penas podía procesar unos cuantos análisis, una farmacia regularmente desabastecida y camas de hospitalización despintadas, cubiertas con ropa de cama amarillenta y parchada. No todo el personal contaba con el equipo de protección adecuado. Cada uno conseguía lo mejor que podía. Una semana después llegó un envío del Ministerio, pero no alcanzó para todos. Le dieron prioridad a los que trabajaban en Emergencia y en la sala de pacientes con infección respiratoria, sospechosos o confirmados de covid-19. El abastecimiento de oxígeno empezó a ser insuficiente. Quince días después la confusión fue total. La supuesta unidad de cuidados intensivos tenía un solo ventilador mecánico operativo, pero obsoleto, y dos en espera de ser reparados desde muchos meses atrás. Por este motivo, el único médico intensivista que existía había pedido su cambio a otro hospital. Los pacientes graves se manejaban sólo con cánula o con bolsas de reservorio. Pero el oxígeno seguía escaseando. La única ambulancia que tenían evacuaba a los pacientes críticos al hospital regional situado a tres horas de distancia, pero muchos pacientes ni siquiera estaban en condiciones de ser trasladados y simplemente morían en sus casas o en la sala de espera. Gabriel redobló sus horas de trabajo y para no tener que ir y venir todos los días a casa, ni correr el riesgo de llevarle el virus a su familia, decidió quedarse las 24 horas en el hospital.

Casi un mes después empezó a presentar malestar, pero sin fiebre ni síntomas respiratorios. Ya habían llegado las pruebas diagnósticas rápidas y su primer resultado salió negativo. Eso lo alivió y alentó para seguir trabajando.

Una semana después presentó fiebre y tos. El director del hospital lo puso en cuarentena y ordenó hacer una segunda prueba. La fiebre no cedía y manifestó una leve fatiga.

Los próximos dos días la dificultad respiratoria se hizo más intensa y la placa de rayos X mostró signos de neumonía. El director ordenó su evacuación y dispuso la ambulancia. Llegaron a destino con varias horas de atraso; Gabriel se sentía muy fatigado y quedó profundamente dormido. Al despertar sólo vio rostros cubiertos que susurraban cosas ininteligibles. Lo rodeaban tubos de venoclisis, balones de oxígeno y un monitor parpadeante.

Durante el delirio de la fiebre, Gabriel se veía nuevamente en el largo sendero que lo llevaba a la playa de olas turbulentas. Luego despertaba y en los remansos de lucidez se aliviaba con la imagen y voces de su familia a través del celular. Estaba convencido de que la pesadilla acabaría pronto. Días después volvió a caer en un sueño profundo. Ahora la luz era pródiga y una pradera extensa, generosa en flores amarillas, se abría frente a él. Ya no corría como antes, ahora caminaba tranquilo en el mismo sentido de un riachuelo de aguas cristalinas; se gratificó con el rumor del viento, el gorjeo de las aves y el paso de un sinfín de mariposas lilas. Siguió caminando sin mirar atrás y no se detuvo nunca.

El médico de turno constató su muerte la madrugada del 18 de mayo de 2020. RAM

Aland Bisso Andrade
Médico internista. Past President de la Sociedad Peruana de Medicina Interna.

CONTACTO PARA CORRESPONDENCIA

Correo electrónico: albian44@yahoo.es.

Fuente

Cuento publicado en la revista *Acta Herediana* 2021;64(2; jul-dic):207-10. (https://revistas.upch.edu.pe/index.php/AH/issue/view/409)
Esta publicación cuenta con la autorización del autor y del editor de la revista *Acta Herediana.*